

Por eso, en la enseñanza de los valores democráticos, se trata inútilmente de incrementar la calidad de los contenidos al complicar las situaciones, para de esta manera hacer olvidar la conexión de dichas acciones concretas con el fin último de la persona. Por ejemplo, se hará con exposiciones de casos rebuscados, morbosos, o que concluyan de manera aporética.

Otro ejemplo equivocado que ilustra lo dicho hasta aquí sería el enseñar, por medio de la asignatura de historia y con enseñanzas concretas, cómo los valores de una determinada nación la han hecho superior en la historia a las demás naciones de la humanidad. En este caso, la virtud del patriotismo, fundamental para un sano reconocimiento de los propios valores sin excluir los ajenos, queda, por una enseñanza concreta, imprudentemente desdibujada por la enseñanza de valores grandilocuentes, excluyentes y lejanos a la realidad cotidiana personal del alumno. El objetivo de la materia, el amor a la patria, no coincide con el valor que encierra la forma educativa usada. Por tanto, al provocar en el alumno el sentido de exclusión de las patrias de los demás, es una acción educativa que no vincula positivamente la materia y el fondo educativo, la vida personal y la social.

Por último, también hay que subrayar que en algunas situaciones, poco comunes, se puede llegar a obtener una virtud, no de modo pleno pero sí en un alto grado, con un solo acto formativo. Esto se producirá cuando se haya realizado con bastante perfección esa unión, en la intimidad del individuo, de la verdad que encierra la enseñanza, la circunstancia concreta en la que ésta opera y el devenir de su propia vida. Como venimos diciendo, las repeticiones sirven para desarrollar la virtud pero en sí mismas no son creadoras de virtud. Ocurre, por el contrario, que por falta de explicaciones, o de imprudencia en las enseñanzas del valor por parte del maestro, a veces las repeticiones terminan por desanimar o incluso predisponen al alumno en contra de lo que se le está enseñando.